

primitiva de que el Oriente hizo su sabiduría; llegar en el estoicismo a la noción de la libertad por el equilibrio y la fuerza de la voluntad; después, tras la depresión cristiana, reflujo de la pasividad oriental, orientarse por último hacia la vida integral cálida y radiante del porvenir, donde el corazón tendrá su lugar, y la pasión, como el sentimiento, gozarán de su dignidad y de sus derechos; donde, conforme con la palabra de Vauvenar-

gues, «la primera de las virtudes será la humanidad»; donde el espíritu orgánico del mundo será ese espíritu que vive de tolerancia, de indulgencia y de clemencia humanas, cuyo soberano valor proclaman siempre *Reflexiones y máximas*.

¡Gloria imperecedera al siglo XVIII por haber abierto la vía a la Humanidad realizada al fin en el mundo humano!

PAÚL GILLE

(*Conclusión*).

## Los ignorados

Todos los años, el correo se encarga de prolongar una de las manifestaciones más simpáticas de las fiestas de Navidad y Año Nuevo: el cambio de tarjetas y cartas de felicitación. Lentamente, hoy cinco, mañana tres, pasado uno, van llegando los pequeños sobres abiertos, que os recuerdan a un amigo, a un compañero de viaje, a un huésped afectuoso en lejanos países. Y el saludo, renovándose, convierte el mes de enero en una revisión grata de relaciones que, a veces, sólo en esta ocasión se hacen visibles.

Pues bien; todos los años me sugiere ese hecho la misma reflexión, que, a primera vista, nada parece tener de común con su causa: la reflexión de lo pueril de las vanidades de muchos nombres y de lo estrecho y mezquino que es el círculo de nuestro conocimiento de la humanidad actual, no obstante la frecuente afirmación de que el mundo es muy pequeño. Entre los nombres que van pasando ante mis ojos, a medida que sacó de sus envolturas cartas y tarjetas, ¡cuántos hay de escritores de mérito, de trabajadores infatigables, de inventores de cosas útiles, de sembradores de ideas fecundas, de héroes de la justicia y el derecho, a quienes sólo la casualidad me hizo conocer, no obstante lo mucho que su obra representa para el progreso de la civilización! Esos mismos que yo conozco, los que, a su vez, co-

noce cualquiera de ellos, serán en cambio ignorados por millones de hombres, no ya del vulgo o de los dedicados a otras esferas de la actividad, sino de sus mismos compañeros de profesión y de aficiones. Y detrás de los pocos de que ya tengo noticia, ¡cuántos otros que rendirán a la humanidad los frutos admirables de su labor, y serán para una inmensa mayoría como si no hubiesen vivido, no sólo porque ignore sus nombres, sino porque ni aun pueda aprovechar lo que, para bien de todos, hicieron! Las rachas de modas extranjeras en materia literaria que, de vez en cuando, soplan desde Francia o Italia y llegan hasta nosotros, nos dan ejemplos repetidos de esto. Lanzan a nuestra publicidad cuatro o cinco nombres ilustres que, a menudo, corresponden a escritores de hace cincuenta años, quizá muertos, y a la exclamación ordinaria: «¿Cómo hemos podido ignorar durante tanto tiempo obras de tanto valor?», se junta esta otra: «¿Cuántas más no habrá, que también merezcan nuestra admiración, que podrían darnos momentos de sublime goce y que nunca llegarán a ser sabidas de nosotros?»

Cuando murió Zola, un periódico canadiense publicó la noticia en la siguiente forma: «Ha fallecido en el destierro un tal Emilio Zola, que se hizo célebre en el asunto Dreyfus.» Todo eso es lo que sabían del gran no-